

Parece indispensable que en la dieta, entre una buena parte de elemento vivo: gusanos, insectos, etc., lo cual se puede suministrar en las primeras semanas del desarrollo, pero a medida que los pichones crecen, el consumo es muy grande y no se puede conseguir, de modo que después de la tercera semana, el alimento era sólo de pastas de afrecho, avena, maíz pisado y alfalfa fresca y fideos cocidos, que les agradaban mucho. Estos alimentos son comidos con buen apetito; sin embargo, hay alguna falla que impide que el estado general de las perdices pueda calificarse de excelente, y, tratándose de pichones, es la posible causa de la muerte a la tercera o cuarta semana.

Es indudable que si el espacio fuera muy amplio, al extremo de poder considerarse en semilibertad, los resultados serían mucho mejores; pero, al menos, hemos comprobado que esta perdiz, tan arisca, y la mejor que tenemos por su tamaño y sabor, se puede convertir con relativa facilidad en un ave doméstica de gran valor.

Espero que en años sucesivos obtendré resultados más positivos en todos sentidos.

---

## NOTA SOBRE EL CHAJÁ

*Chauna torquata* (Swainson)

Por CELIA BERNAL DE PEREYRA

---

En la visita que hiciéramos a General Lavalle en la primavera de 1936, donde en compañía de nuestro amigo y consocio de la S. O. P. Ernesto R. Runnacles, visitamos la antigua estancia de Gibson y conocimos los lugares de nidificación en colonias de ininidad de aves de bañados. Entre otras especies habíamos traído vivos dos pichoncitos de chajá, los que luego, llevados a casa de mi familia en Zelaya, se criaron muy bien, alimentados con verdolaga, alfalfa y otras hojas que ellos picaban de algunas plantas del jardín, como también sopas de leche y zapallo cocido, que mucho les agradaba.

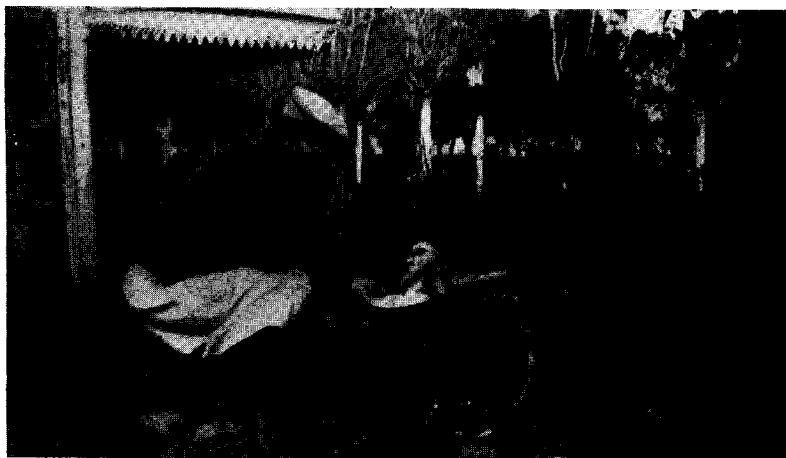
Se desarrollaron perfectamente y aunque de día andaban por los patios de la casa, por la noche se encerraban para dormir en un jaulón, especie de gallinero.

Ya adultos y bien emplumados, se suponía fueran casal, pues siempre andaban juntos, siendo uno de ellos más celoso de su compañero y aunque



For. N° 1. — Pichones de chajá traídos de General Lavalle en 1936.

con las personas de la casa se dejaban acariciar, a los extraños los atropellaban con las alas abiertas.



For. N° 2. — Los chajaes comiendo su postre preferido, sémola con leche.

Durante ciertas horas, generalmente al medio día, se iban en vuelo hasta la costa de un arroyo distante unas tres cuerdas, donde pastaban y se recreaban contemplando el panorama y tal vez añorando el paisaje de su primitivo hogar, regresando a la caída de la tarde, siempre juntos;

pasaban con su paso majestuoso, observándolo todo, siempre vigilantes, y deteniéndose frente a la cocina de la casa, miraban hacia adentro a ver si alguien les alcanzaba su ración preferida, algún postre con leche,



For. N° 3. — El casal de chajaes, donde se ve a la hembra echada en su segundo nido.

y si no picaban la nata de la leche que se ponía en ciertos tachos para los perros.

El que suponíamos macho, más volador, gustaba subirse siempre sobre una eminencia, tronco de árbol o el techo de un gallinero, en donde se quedaba bastante tiempo en observación.



For. N° 4. — El pichón de chajá echado a la sombra del padre adoptivo.

Al segundo año pareció que pensarán anidar sobre una mata de *yuca*, pues sobre ella siempre se posaban o se echaba la hembra, pero luego desistieron.

Al llegar al tercer año hicieron un nido en el patio de la casa, acumulando pajas secas de la gramilla vulgarmente llamada «pasto fuerte», en donde la hembra se echaba como se ve en la foto N° 3, el que luego también dejaron y se obstinaron en irse al arroyo, tal vez con el fin de anidar en lugar más tranquilo. Como resultara que se quedaban en ese lugar todo el día y hasta pasaron dos días sin regresar a la casa, por temor de que alguien los cazara, pues siempre andan cazadores furtivos, se les cortaron las plumas de un ala. Además, también se temía que remontando vuelo se fueran a los bañados más lejanos, como suelen hacerlo los patos silvestres que se crían cautivos y que luego se van en la época de celo.

Una tarde que regresaban de su acostumbrado paseo al arroyo, unas vacas los atropellaron, matando de una cornada a la que suponíamos hembra, lo que resultó efectivamente, salvándose el macho, pasando un alambrado.

Este, con el susto, no se atrevió más a arriesgarse; se lo pasaba todo el día en los patios y se veía que sentía la ausencia de la compañera. En vista de ello encargamos a nuestro amigo, el señor Runnacles, nos enviara un pichón, pues era la época de cría, quien tuvo la gentileza de remitirnos uno de pocos días.

Cuando se lo pusimos cerca, lo miró con indiferencia, no haciendo caso de él; el pobre pichón, piando, lo seguía y trataba de andar cerca; hasta llegó a picarlo a éste cuando comía junto a él. A veces el pichón le sacaba del pico la comida; otras veces se echaba a sus pies y a su sombra y tanto hizo este pobre, que se ganó su simpatía y puede decirse que hoy lo considera como si fuera su hijo adoptivo. Andan siempre juntos, se echan a la par, y para dormitar cruzan sus cuellos. Este chico, con sus gracias y sus mimos, no sólo ha conseguido su cariño, sino que también ha logrado disipar su tristeza.

FOTOS DE LA AUTORA